

LA GLORIA DEL POETA.

AL JÓVEN ESPAÑOL D. NICETO DE ZAMACOIS.

Hijo de bendicion habeis nacido
En la pátria del Cid batalladora,
Que en sanguinosas lides triunfadora,
Ha su nombre en la tierra esclarecido.

Poeta naciste tú: de Dios la mano
Tu corazon sentimental formó;
Y el númen de los vates te inspiró
De sus lábios un soplo soberano.

Hijo de Lope, cuya fama brilla,
Del gran Herrera divinal, nieto
Pareces tú, magnífico Niceto,
Y hermano de Espronceda y de Zorrilla.

Que en tu edad juvenil, del mar profundo
Has surcado las ondas bramadoras,
E ilusiones tuviste encantadoras
Al divisar el sol del Nuevo-Mundo.

Y en la pátria de Guatimoc, has levantado
De tu lira los ecos armoniosos,
Y espléndidos laureles y gloriosos
Con tu canto *guerrero* has conquistado.

Y yo escuché, como el rumor del trueno,
Los tonos de tu trompa sonora,
Cantando aquella guerra pavorosa
Que allá á la España desgarró su seno.

ADVERTENCIA.

AL JÓVEN ESPAÑOL D. NICETO DE ZAMACOIS.

Al leer de haber en esta obra, se ha
visto de bendicion habeis nacido
En la pátria del Cid batalladora,
Que en sanguinosas lides triunfadora,
Ha su nombre en la tierra esclarecido.
Poeta naciste tú: de Dios la mano
Tu corazon sentimental formó;
Y el númen de los vates te inspiró
De sus lábios un soplo soberano.
Hijo de Lope, cuya fama brilla,
Del gran Herrera divinal, nieto
Pareces tú, magnífico Niceto,
Y hermano de Espronceda y de Zorrilla.
Que en tu edad juvenil, del mar profundo
Has surcado las ondas bramadoras,
E ilusiones tuviste encantadoras
Al divisar el sol del Nuevo-Mundo.
Y en la pátria de Guatimoc, has levantado
De tu lira los ecos armoniosos,
Y espléndidos laureles y gloriosos
Con tu canto *guerrero* has conquistado.
Y yo escuché, como el rumor del trueno,
Los tonos de tu trompa sonora,
Cantando aquella guerra pavorosa
Que allá á la España desgarró su seno.

Himnos tambien de mística dulzura,
Que á Dios entonas de tu lira al son,
Y en el fondo del mustio corazon
El bálsamo derraman de ventura.

Y de Oaxaca, con modal galano,
Sus campeones cantar y sus placeres,
Sus poetas, monumentos y mugeres
Con acento meliflúo y cortesano.

Y tambien, encomiar de un buen amigo,
Las prendas que lo adornan lisongeras;
Y otras, en fin, canciones placenteras,
Por las que á tí, con emocion te digo:

Poeta naciste tú: de Dios la mano
Tu corazon sentimental formó;
Y el númen de los vates te inspiró
De sus lábios un soplo soberano.

Canta poeta, la fortuna
Del rendido trovador,
Y aquellas trovas de amor,
Que á la faz de linda luna
Diera al viento con ardor.

Tambien á aquellos campeones
Que se herian los corazones
En sangrientos desafíos:
Tal vez, por preocupaciones,
O por ligeros desvíos.

O ya del moro africano
Las pasiones ardorosas,
Que siempre apuesto y galano,
Cautivara á las hermosas
Del potente suelo hispano.

Que es país de los amores
Y de las mugeres bellas:
Lozanas como las flores,
Y suaves cual los fulgores
Que despiden las estrellas.

Canta, sí, que resonó
Ya tu lira placentera;
Y en la tierra apareció,
Como la aurora primera
Que á los mundos alumbró.

Y tambien grata y sonora,
Como del ave canora
Su trinar encantador;
Y dulce y arrobadora
Como los besos de amor.

Que si pinta los horrores,
O los odiosos rencores
De la guerra asoladora,
Es fiera y espantadora,
Cual los vientos bramadores.

Sigue, pues, al mundo dando
Esos *Ecos de tu lira*:
Sigue con ardor cantando,

Que ya tu fama brillando
En un México se mira.

Y la aureola divinal
Que resplandece en tu frente,
Y es la corona triunfal
Que alcanzaste dulcemente
Con tu *Poema* inmortal.

Y ya que en tu juventud
De gloria abriste la senda,
Yo quiero con mi laud
Cantar la mas bella prenda
Que honrará tu senectud.

Oaxaca.—*Felix Romero.*



GRATITUD AL POETA OAXAQUEÑO,

DON FELIX ROMERO.

Gracias mil veces mil, gracias, Romero,
Porque con tu sublime poesía,
Has querido elevar la humilde mia
Hasta donde llegar jamas espero.

¡Oh! cuántas ácia tí, sensible bardo,
De amistad afecciones he sentido,
Y cuántas, en mi pecho agradecido,
A tí memorias placenteras guardo!

Sí, tú lo has dicho ya; del Ser Eterno
He recibido un corazon que siente,
Un corazon que nunca indiferente
Es ácia el hombre que me aprecia tierno.

Y si Dios ese númen me ha negado
Que diera á Lope y al divino Herrera,
En cambio un alma me cedió sincera,
Y afectos nobles su bondad me ha dado.

Por eso con mi planta el fértil suelo
Al pisar del potente Moctezuma,
Cojí afanoso y con placer mi pluma
Para cantar su azul y limpio cielo.

Para cantar la patria de un amigo,
Rica en memorias y en productos rica,
A Oaxaca inmortal, á quien dedica
Mi alma un recuerdo, de mi amor testigo.

A esa Oaxaca, donde tú, Romero,
Has pulsado, en mi honor, tu acorde lira,
Honor que mi alma conseguir aspira,
Mas que alcanzarle, por mi mal, no espero.

Pero siempre á tu afecto agradecido,
Do quier que vaya, te estaré, ¡oh poeta!
Ya al otro lado de la mar inquieta,
O ya en la patria donde tú has nacido.

Que cual tú dices, Felix, el Eterno
Un corazon sensible y fiel me ha dado:
Y aunque de vate el númen me ha negado,
Me hizo, con mis amigos, noble y tierno.

Y ese poema, (*) falto de elegancia,
Que ensalzas tú, benévolo Romero,
Solo revela al universo entero,
Mi ardiente patriotismo y mi constancia.

Yo sí, te debo decir,
Poëta sentimental,
Que al mundo le hagas oír,
De tu lira celestial,
Los tonos que hacen sentir.

Canta, Felix, de tu suelo
Las tradiciones antiguas:
Canta con ardiente anhelo,
Que en tus trovas atestigüas
Que te hizo poëta el cielo.

(*) La obra que publiqué con el título de *Guerra de los Castistas en las Provincias Vascongadas y en Navarra.*

Conta tú á las mexicanas
Tan hermosas y galanas,
Mientras yo á las españolas:
Que el Señor las hizo hermanas,
Y á ambas, en belleza, solas.

De nuestras liras al son,
De la tuya y mi nacion
Ensalcemos á las bellas,
Porque á nosotros y á ellas
Nos une una religion.

O bien, unidos los dos,
Cantemos nuestras canciones
Del arpa á las vibraciones;
Ya que hermanas quiso Dios
Que fueran nuestras naciones.

O cambiando mutuamente,
Cantaremos, con anhelo,
Yo á las lindas de tu suelo,
Tú á las que el Omnipotente
Diólas de España su cielo.

De tu lira la armonía
Deja oír, sin que concluya,
Y canta la patria mia,
Que yo cantaré la tuya
Y su antigua bizarría.

Cantemos mientras no espira
Nuestra hermosa juventud,
Y oiga el mundo que nos mira,

Con *Los Ecos de mi Lira*,
Los ecos de tu laúd.

Que yo, con pasión profunda,
Mientras de España esté ausente,
A México, tiernamente,
Que es ¡ay! mi patria segunda,
Ensalzaré eternamente.

Que en ella amigos hallé
Que jamás los merecí,
Y hermosas mugeres vi,
Que solo iguales miré
En el suelo do nací.

En los hombres amistad
Miré y amabilidad:
En las mugeres ternura,
Trato agradable, dulzura,
Y en todos urbanidad.

Por eso, do quier que el sol
Me alumbre, tanta virtud
Ensalzaré sin quietud,
Que no cabe ingratitude
En ningún pecho Español.

Sin conocerte, Romero,
Te aprecio, Dios es testigo;
Y si tu amistad consigo,
Cual con todas véras quiero,
Seré tu mejor amigo.

Niceto de Zamacois.

A mi amigo, el joven poeta español, D. Niceto de
Zamacois.

Al mundo con *Los Ecos de tu Lira*,
Vate sublime, sin cesar, regala;
Ora ensalzando su esplendente gala,
Ora el contento del ardiente amor.
Que al verte de entusiasmo arrebatado,
El alma conmovida se enagena;
Y si nos pintas la terrible pena,
Suspiramos contigo de dolor.

Prosigue tu carrera esplendorosa,
Hijo feliz de la inmortal Castilla, (*)
Que el númen de Bermudez y Zorrilla
Contemplamos en tí resplandecer.
Dichoso tú, que el porvenir te aguarda
Con el presente de inmutable gloria:
¡Alcanzar de los siglos la memoria,
Eso es vivir para volver á ser!

Eso es matar el fuego que devora
La alzada frente del cantor divino,
Sembrar de flores el fatal camino
Que tenemos por fuerza que cruzar.
¡Inspirado cantor! Cuánto celebro
Ser de tus *Ecos* mísero testigo;
Prosigue, en fin, mi venturoso amigo,
Esa espléndida ruta sin cesar.

[*] Tómese por España.

Dichoso yo porque fui
 El primero que te oí
 La blanda lira pulsar;
 Que todos con frenesí
 Escucharon resonar.
 ¿Qué mucho, si me adormí
 Con tanta y tanta canción
 De no escuchada armonía,
 Y la ardiente inspiración
 Contigo, ansioso, bebía?
 ¡Los dos en la juventud,
 Con un deseo que saciar,
 Con una misma inquietud!
 Tú mas felice, pulsar
 Escucharon tu laúd.
 Como tú la gloria amé,
 Pues sabes amar, sentir;
 Tu sien ardorosa hallé;
 Y el genio en ella miré,
 Fecundo y tierno existir.
 Poeta yo te bendigo,
 Porque es una nuestra historia;
 Porque le basta al amigo,
 Ser de tus triunfos testigo
 Y admirador de tu gloria.

El laud de Zorrilla y Espronceda
 Te miramos pulsar, caro Niceto; [.]

Y el pecho late, al escucharlo, inquieto,
 Cediendo á su concento celestial.
 Perdon debo pedirte, si contemplas
 Pobre en extremo mi leal ofrenda;
 De mi amistad recibela por prenda,
 Tú á quien alumbra el númer inmortal.

México, Diciembre de 1849.—*Severo María Sariñana.*



**Contestacion al jóven poeta mexicano,
D. Severo Maria Sariñana.**

Jamás creí que mis humildes trovas,
Pues nunca elogios plácidos aguardo,
Merecieran que el númen de hábil bardo
Las quisiera hasta el cielo levantar.
Mas ¡ah! que la bondad en este suelo
Y en los hijos de México reside,
Y al hombre alientan que el espacio mide
Que aun le falta, infelice, por andar.

Sí; seguiré la senda que he empezado,
Llena de escollos, mas tambien de gloria;
Que nada en esta vida transitoria
De ella me hará jamás retroceder:
Que una vez emprendida mi carrera,
Al término llegar quiero en mi obra,
Que si talento no, valor me sobra,
Y sabré, si no triunfo, perecer.

Tú me has visto, Severo, noble jóven,
Siempre sereno proseguir mi ruta,
Que mi alma un solo bien grato disfruta,
Que es cantar la virtud, la religion;
Y sin orgullo oír las alabanzas
De mis caros, benèvolos amigos,
Que han sido siempre de mi afan testigos,
Y de que en mí no existe presuncion.

Tú el primero fuiste, sí,
Que me escuchaste cantar

Mis pobres trovas aquí;
Como yo el primero fuí
Que te oyó el laud pulsar.

Yo escuchaba la armonía
De tus trovas, Sariñana,
Y tú de la lira mia;
Y mi alma te oía ufana,
Como la tuya me oía.

Que ambos en la juventud,
Con un afan que saciar,
Mas sin celos ni inquietud,
Pulsábamos el laud
Que empezaba á resonar.

Que dió á nuestras almas Dios
Pena igual é igual consuelo,
Que aunque nos hizo, en su anhelo,
Nacer en distinto suelo,
Nos dió un afecto á los dos.

Y yo esta igualdad bendigo
Que en sentimientos nos diera;
Que así cada uno consigo,
La memoria de su amigo
Llevará do quier que fuera.

¡Ah! yo te estimo, sí, con toda el alma,
Esos elogios mil, que no merezco;
Esos elogios tantos que agradezco
Porque sé que los dicta tu bondad:

Cantemos, pues, los dos, como hasta ahora,
La virtud que jamás la envidia empaña,
Y de la Vieja y de la Nueva-España
Admiren de dos hijos la amistad.

Niceto de Zamacois.

FIN.

ERRATA NOTABLE.

Página 166, línea 18, dice: De columnas gigantesca.
Léase: De pilares gigantesco.

